

**ASPECTOS DEL LENGUAJE
EN COLOMBIA
CARLOS PATIÑO ROSSELLI
Profesor Asociado
CUADERNOS DEL CES
No. 4**

Conferencia dictada en Bogotá, noviembre de 2003 como parte del ciclo: Los Maestros y Maestras piensan a Colombia

Bogotá, Febrero de 2004

ASPECTOS DEL LENGUAJE EN COLOMBIA

1. Los tres filólogos

Puede decirse, seguramente, que la segunda mitad del siglo XIX -período de efervescencia política e intelectual y de luchas armadas- fue decisiva para la conformación de la fisonomía socio-cultural de nuestro país.

Rasgos nuestros como cierta tendencia al formalismo, el interés por las cosas de la cultura, la sensibilidad frente al lenguaje -y probablemente otros menos favorables- tienen sus raíces en los hombres y los hechos de esa época. Es sabido que la filología y los filólogos jugaron un papel fundamental en la vida nacional de entonces.

Los nombres de tres grandes filólogos dominan en ese período el panorama de las Humanidades: Bello, Cuervo y Caro. Estas tres figuras están estrechamente ligadas en Colombia -y más allá de sus fronteras- al tema del lenguaje. Las obras de Caro y Cuervo siguen presentes en el escenario nacional gracias a la meritoria labor del instituto que lleva sus nombres. Pero tengo la impresión de que los vientos que soplan actualmente en los centros universitarios han empujado a un rincón (en el mejor de los casos) a este trío que ha sido honor de Hispanoamérica. No debería ser imposible en las universidades conciliar la actualización de la enseñanza con el culto a las figuras eximias de nuestro pasado y el estudio profundizado de sus obras.

Andrés Bello (1847), escribió su famosa *Gramática de la lengua castellana* para contribuir a la preservación de la unidad

del idioma, amenazado por la independencia de España y la conformación de los nuevos estados hispanoamericanos. Dice en prólogo:

“Juzgo importante la conservación de la lengua de nuestros padres en su posible pureza, como un medio providencial de comunicación y un vínculo de fraternidad entre las varias naciones de origen español derramadas sobre los dos continentes”.

De acuerdo con este propósito, la orientación básica de la obra es normativa, prescriptiva, pero -advierte Bello- sin estar al servicio de un “purismo supersticioso”. Más bien el criterio máximo de corrección es el del “buen uso”, que es el de la gente educada o sea “el más uniforme”. Pero probablemente la razón del rotundo éxito que tuvo este libro reside en que el aspecto normativo se acompaña de una sólida y en gran parte original presentación teórica. Bello repensó, volvió a pensar de manera personal el edificio de la gramática de nuestro idioma.

La obra está concebida para ser utilizada en la educación secundaria y por lo tanto el estilo expositivo es eminentemente pedagógico. Para ser la producción solitaria de un individuo, sin el respaldo de una institución, es sorprendente la fervorosa acogida que tuvo la *Gramática* y el largo y casi indisputado magisterio que ejerció en Hispanoamérica. Pero inclusive una autoridad española como Amado Alonso expresó:

“La Gramática de la lengua castellana de A. Bello, escrita hace

más de un siglo, sigue hoy mismo siendo la mejor gramática que tenemos de la lengua española”.

En Colombia el pensamiento gramatical del gran caraqueño ha tenido siempre una gran resonancia e influencia “quizás como en ningún otro país de América”, escribió Rafael Torres Quintero (q.e.p.d.), quien fue el mejor conocedor de este tema. (No se me han olvidado las clases de castellano en el colegio, en las cuales el profesor nos dictaba inmisericordemente pasaje tras pasaje del manual de Bello).

Desde el punto de vista de la trayectoria de los estudios gramaticales en las lenguas romances, el compendio de Bello se sitúa en la línea de las reacciones que en diferentes partes comenzaron a producirse en contra de la longeva ‘gramática general’ originada en Francia. Tales reacciones anti-logicistas erigían el ‘buen uso’ como la directriz primordial que debía orientar las producciones gramaticales. En el ámbito hispánico fue V. Salvá, en su obra de 1831, el primero en liberarse del yugo de la ‘gramática general’, como lo reconoció el propio Bello.

Es frecuente el comentario de que en la *Gramática* del polígrafo venezolano se respira ya un aire de modernidad. En efecto el pórtico de la obra lo constituyen unos postulados a los cuales Saussure no hubiera tenido inconveniente en adherir. La lengua es concebida como un sistema artificial de signos. Hay un armazón básico que es común a los idiomas y del cual forman parte nociones como ‘sujeto’, ‘atributo’, ‘complemento’, etc. –‘universales lingüísticos’ diríamos hoy-, pero mas allá de esto cada lengua tiene su propia gramática. El lingüista no debe derivar sus definiciones y su análisis de criterios semánticos sino de los propios hechos de la lengua, dentro

de los cuales el más importante es el relativo al oficio o función de un elemento en el enunciado.

A pesar del avance que significó esta obra, no se puede decir que Bello se hubiera liberado completamente de la tradición francesa. La organización de la *Gramática* como una sucesión de capítulos dedicados a las diferentes partes de la oración y a cuestiones atinentes a estas es típica de esa escuela. Como anoté en mi lejana disertación doctoral, seguramente Bello no conoció la escuela alemana de K. F. Becker, de inspiración humboldtiana, que por esas décadas de la primera mitad del siglo XIX reaccionaba también contra la ‘gramática general’ francesa y proponía un modelo basado en la sintaxis y con la oración y sus componentes funcionales – no las tradicionales clases de palabras- como conceptos primordiales y esquema de organización.

En relación ahora con Rufino J. Cuervo, quiero recordar un pasaje del “Estudio preliminar”, escrito por el finado Fernando Antonio Martínez, que acompaña la edición de las *Obras* publicadas por el instituto Caro y Cuervo en 1954:

“Logró... aliar de manera realmente admirable lingüística y filología, lengua literaria y lengua popular, tradición y actualidad, pasado y presente”.

Cuervo es reconocido como el mayor filólogo del siglo XIX en el ámbito hispánico y su obra representa, probablemente, el mayor aporte de un colombiano a un campo científico.

Ya a la edad de 23 años escribe, junto con Miguel Antonio Caro, una *Gramática de la lengua latina para el uso de los que hablan castellano*, -

publicada por primera vez en 1867- que le merece a D. Marcelino Menéndez y Pelayo el comentario de que era “obra magistral y la mejor de su género en nuestro idioma”. Como lo indica el título, este trabajo se basaba en el cotejo de las dos lenguas, de manera que los jóvenes autores estaban adoptando ya el enfoque que hoy día se conoce como ‘contrastivo’.

A pesar de que D. Rufino consideraba “admirable” la *Gramática* en Bello, sin embargo juzgó que requería “en algunas partes rectificación o complemento” y en consecuencia produjo las famosas *Notas* a esa obra (1874). En ellas Cuervo aprovechó los progresos de la lingüística desde la época de publicación del manual de D. Andrés, sobre todo en lo referente a la historia de la lengua y a las luces provenientes de la psicología (que por entonces había reemplazado a la lógica como disciplina auxiliar de la ciencia del lenguaje). De manera que en la obra conjunta de la *Gramática* y las *Notas* se miden de igual a igual el genio del caraqueño y el del bogotano.

Del *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*, la máxima producción de Rufino José Cuervo, el propio autor solo alcanzó a culminar los dos primeros tomos –las letras A a D-, publicados en París en 1886 y 1893. El colosal esfuerzo que le exigió esta obra admirable prácticamente lo llevó a la tumba. La feliz terminación del *Diccionario* por parte del Instituto Caro y Cuervo, en nuestros días, ha convertido el formidable torso lexicográfico que dejó D. Rufino en una realidad que honra a nuestro país y constituye una inmensa contribución al conocimiento del idioma castellano.

Además del aspecto sintáctico (o sea el régimen), cada artículo del *Diccionario*

trae un estudio semasiológico (o sea histórico-semántico), y otro etimológico, a lo cual se agrega la documentación de la palabra en el periodo pre-clásico. En el cubrimiento semasiológico cada entrada despliega la evolución semántica del término correspondiente. Cuervo veía la historia semántica de una palabra a través de la metáfora de un árbol, de modo que a partir de un significado originario, que es como el tronco, las nuevas acepciones que van surgiendo se desgajan de él a manera de ramas. Las noticias etimológicas no se limitan al término español sino que abarcan los correspondientes cognados románicos.

Al referirse a las “Fuentes del Diccionario”, Cuervo se extiende sobre un tema que le fue caro, cual es el de la relación entre el lenguaje ‘literario’ y el ‘popular’, incluyendo también el punto del habla ‘vulgar’ (o sea que le interesaban las cuestiones que hoy llamamos sociolingüísticas). Cuervo insistió siempre en que el lenguaje ‘popular’ es la “corriente principal del idioma”, sobre la cual se basa y de la cual se alimenta el discurso culto, que es en cierta forma una construcción artificial. Del habla ‘vulgar’ –“lenguaje de la taberna”- dice que “mutila, altera o trastea las voces y la sintaxis, aunque siempre obedeciendo a algún principio fisiológico o psicológico, de tal manera que su proscripción no tiene fundamento científico “sino obedece a exigencias sociales” respetables.

En Colombia la obra de Cuervo más leída y conocida han sido, naturalmente, las *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, cuya primera edición se produjo en 1867. Con este trabajo su autor quiso señalar “con el dedo” las incorrecciones más frecuentes en el habla capitalina de su época, que en gran parte siguen siendo las mismas de hoy. Esta labor normativa estaba para

él al servicio de un objetivo superior que es propender por la unidad del idioma castellano. Con razón se considera que con las *Apuntaciones* se inicia el estudio científico del español de América.

Ante el panorama de diferenciación de este último, tanto frente al habla peninsular como internamente, el sabio bogotano se pregunta: “¿Cabe en lo posible que el castellano corra la suerte del latín?”, “Teóricamente – arguye- la respuesta debe ser afirmativa. Falta saber los siglos que serán necesarios para llegar a ese punto, y las circunstancias históricas que lo apresurarán o lo retardarán”.

Estas “circunstancias históricas”, en especial con el tremendo auge de las comunicaciones que Cuervo no podía prever, han actuado para mantener la unidad del español, de tal forma que la dialectización total de Iberoamérica, que el consideró con razón teóricamente posible, aparece como una posibilidad muy remota.

Reclama Cuervo el derecho de ejercer lo que llama “crítica gramatical”, ya que según él existen “criterios ciertos para comparar y para condenar o aprobar”. Los puntos de referencia para juzgar la corrección idiomática son, por una parte, el tipo de lenguaje en que “la lengua familiar casa con la literaria” y, por otra, la expresión de los buenos escritores tanto contemporáneos como de la edad de oro de las letras españolas.

Parece natural, sin embargo, que hoy día suenen algo clasistas algunas manifestaciones de D. Rufino como cuando escribe: “El bien hablar es a la manera de la buena crianza: quien la ha mamado en la leche y robustecídola con el roce constante de la gente fina, sabe

ser fiel a sus leyes aún en las circunstancias más graves”.

Pero también las *Apuntaciones* pueden comunicarse con humor, como aquella en que leemos: “Me *apretan* los botines, dice alguno, y al dolor de que le *aprieten* allega el desdoro de no saberlo expresar”.

Hagamos también mención, por lo menos, de las *Disquisiciones sobre filología castellana*, conjunto de artículos en los cuales no se sabe qué es más admirable, si el soberano conocimiento de los monumentos literarios hispánicos o el genio lingüístico con el que Cuervo analizaba las cuestiones de la historia del idioma. Antes de que Menéndez Pidal produjera en 1904 la primera sistematización de la gramática histórica de la lengua ya nuestro compatriota venía abonando el terreno con estos estudios. Entre ellos figuran, por ejemplo, el que examina las raíces históricas del ‘voseo’ hispanoamericano (*vos tomás, vos corrés, vos decís*) y el que hace lo mismo con la cuestión del *leísmo* y el *loísmo*, mostrando como la evolución del castellano alteró el uso etimológico inicial (*le entregué el libro pero lo vi ayer*) que, sin embargo, conservamos en Colombia.

El nombre de Miguel Antonio Caro evoca, como bien sabemos, toda una leyenda. Hijo de José Eusebio, nuestro bardo romántico; fogoso político y estadista conservador, compañero de Núñez en el gobierno de la Regeneración y vicepresidente de 1892 a 1898; abanderado del catolicismo y la hispanidad; célebre humanista que tradujo a Virgilio y compuso poesía en latín; polígrafo que se ocupó de filosofía, educación, derecho, crítica literaria, etc.; filólogo y gramático que defendió la unidad de la lengua; cultor y comentador de Bello y estrecho amigo de Cuervo; como ejemplar humano, modelo de

rectitud y fidelidad a las propias ideas, aunque de temperamento autoritario y dogmático.

Sin haber sido un investigador nato como lo fue Cuervo, el aporte de Caro a la filología hispánica está en la múltiple acción en pro de la cultura lingüística como garantía de la unidad y pureza del idioma, así como en el erudito y sólido tratamiento de temas específicos.

Entre estos está el empleo del gerundio, sobre el cual versa el célebre *Tratado del participio* (1870) que, polemizando con Bello, condena el empleo "especificativo" (cuidémonos de enviar *una caja conteniendo libros*). Igualmente fue proscrito por D. Miguel Antonio el gerundio llamado "de posteridad", como en la frase *Enviaron una solicitud, recibiendo una respuesta negativa*. Por mucho tiempo la gente culta tuvo muy en cuenta las reglas de Caro sobre esta materia, para no caer en el pecado de un gerundio prohibido.

Hoy día, sin la cultura gramatical del pasado, no cabe duda de que las nuevas modalidades de la comunicación están desbordando los cauces que Caro trazó. La comunicación digital no propicia que antes de emitir un gerundio reflexionemos acerca de si satisface o no los parámetros de D. Miguel Antonio.

Del uso en sus relaciones con el lenguaje es el título del solemne discurso que pronunció Caro en la sesión de la Academia Colombiana del día de 6 de Agosto de 1881. Siendo una pieza extensa, da cabida a los aspectos más importantes del pensamiento sociolingüístico del autor.

Aunque al final de la disertación don Miguel Antonio dice: "Señores: no he querido sustentar mi tesis: solo os he

presentado una serie de observaciones", resulta evidente que el propósito es impugnar la posición de que el uso es el único criterio de corrección idiomática. El uso, que es variable y arbitrario, no debe ser -opina Caro- "dueño y único guía del lenguaje". El uso debe ser temperado y complementado por otros criterios como los de la ciencia gramatical, los modelos literarios, la lógica, la erudición, las academias, la crítica y el buen gusto, y así puede ser educado y perfeccionado.

La siguiente es la definición que nos da el propio Caro:

"Entiéndese por uso más comúnmente, la forma que toma una lengua y el curso que lleva en boca de las gentes que la hablan, entregada al instinto natural y a la imitación irreflexiva y libre de la influencia de los libros".

En su exposición Caro examina diversas concepciones de la corrección lingüística y discute la manera como los otros factores antes mencionados afectan la supremacía del uso.

Alude a la variación lingüística condicionada socialmente (en términos de hoy) al manifestar que "El uso... toma el color social de cada una de las agrupaciones que se valen de un mismo idioma" y que hay "diferentes maneras de hablar, que se sobreponen unas a otras". Sin distinguir lo que son variaciones de origen social de las que representan modalidades de estilo, contrasta primero lo que llama "lenguaje rahez y tabernario" con la expresión "elevada y ceremoniosa", pero en seguida hace un deslinde entre "el lenguaje familiar, cotidiano" y "el lenguaje escrito, literario". El primero de estos - señala Caro- está determinado únicamente por el uso, mientras que en el segundo actúan "otros impulsos", como retórica y ortografía. "Hablar según

el uso, no es la misma cosa que escribir literariamente, ni conversación lo propio que literatura”.

Caro equipara el uso con el lenguaje cotidiano –“El uso es la lengua hablada”, dice- y le atribuye tres calidades: “naturalidad”, o sea espontaneidad, “claridad” y lo que llama “biensonancia” o sea “que nuestras palabras se acomoden a las costumbres y circunstancias sociales de aquellos a quienes nos dirigimos” (¿hay aquí un barrunto de la actual ‘competencia comunicativa’?).

Confiesa el autor su desazón con el carácter arbitrario del uso y la íntima necesidad que tienen ciertos espíritus de que los hechos lingüísticos conduzcan a ‘leyes’ y ‘principios’. “Leyes solicito –clama Caro-, cualesquiera que sean”. El solo hecho idiomático es un “insulto a la razón verdadera”. Las ‘leyes’ lingüísticas –como las que descubrían en Europa los comparatistas de la época- deben dar lugar a ‘reglas’ gramaticales y estas a fallos idiomáticos. Por ejemplo, en virtud de la ley románica de conservación del acento latino deben juzgarse como incorrectas las pronunciaciones *médula* (lat. medulla), *cólega* (lat. collega), *méndigo* (lat. mendicus), etc.

Su fervoroso hispanismo y su obsesión con la unidad de la lengua llevaron a Caro a mirar con desdén realidades como las lenguas indígenas, las variedades dialéctales y el habla “del vulgo”. Oigámoslo:

"Si en vez de esta noble lengua neolatina, hablásemos la lengua mosca, o cualquiera otra de las innumerables que pululaban en América antes de la conquista... alumnos todos del uso, y no adornados de gloria literaria, ¿podríamos orar y escribir, versificar, filosofar, discutir, como ahora a nuestro sabor y a

nuestras anchas; y con pensamientos tan oscuramente concebidos cuanto confusamente expresados nos sería permitido, ni por asomo... tomar parte en el concierto de la civilización moderna? ¡No señores!".

Caro valora muy alto la literatura –a la cual llama “sal del lenguaje”- como factor que frena la descomposición de la lengua a que puede llevar “la acción disolvente del uso”. También actúa en pro de la unidad del idioma la acción conjunta de las Academias hispanoamericanas, a condición de que se subordinen a la Real Academia de Madrid por ser esta el “depositario más calificado de las tradiciones y tesoros de la lengua”.

La oración académica del gran humanista finaliza con la propuesta de algunos principios generales que, junto con los modelos literarios, obrarán hacia el perfeccionamiento del castellano. Para el lector de hoy día suena curioso que, además del respeto a la etimología y la ortografía, la aceptación de neologismos cuando están correctamente formados, la mejora de la sintaxis atendiendo a razones gramaticales y retóricas, y el papel depurador de la Lógica, Caro incluye el orden moral, apoyándose en sentencias como “renazca y reine la virtud, y reflorcerán entonces las letras humanas” o “conforme se extingue el patriotismo, el mal gusto cunde”.

2. El Español en Colombia y Bogotá.

Colombia es un país multilingüe, pero en un grado que podemos calificar de moderado por comparación con otros como Papúa Nueva Guinea, Indonesia o la India, en las cuales los idiomas existentes se cuentan por centenares. Nuestro multilingüismo tiene esos tres componentes que son el español, lengua

nacional y oficial en todo el territorio, y las lenguas étnicas o sea las de los grupos indígenas, y las dos comunidades afrocolombianas del archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina, y del corregimiento de Palenque cerca de Cartagena.

Por cuanto forma parte del español de América, nuestro español colombiano exhibe los dos rasgos que, además de las diferencias léxicas, separan el habla del Nuevo Mundo de la de la Península. En primer lugar, la pérdida del fonema fricativo interdental que corresponde a la letra zeta. Al fusionarse ese fonema con el fonema representado por la letra ese, no solamente se perdió una unidad fonológica que contribuye a la eufonía del español sino que se produjeron en estos países ambigüedades semánticas como cuando se dice *se fue de casa/caza o eso no está bien cocido/cosido*. Pero, como decimos coloquialmente, *¡qué remedio!*.

En segundo lugar, la pérdida de *vosotros*, el pronombre de segunda persona plural que connota familiaridad, cercanía social en el habla peninsular, junto con las formas correspondientes de posesivo (*vuestro*). Al extinguirse en América este pronombre, quedamos en la incapacidad de realizar en el plural la oposición cercanía/distancia que en el singular se manifiesta con la distinción entre *tú* y *usted*. Se creó un hueco en el sistema del pronombre personal, por lo cual ambos valores debemos expresarlos con la única forma *ustedes*.

¿Por qué los hablantes de español en toda América dejaron que un elemento importante de la gramática como es *vosotros* desapareciera del uso normal y se conserve solo en ciertos contextos religiosos o protocolarios? ¿Tuvo que ver en ello un sentimiento

antipeninsular de las gentes criollas, que quizás identificaban la palabra *vosotros* con la metrópoli europea? Buen tema de investigación.

En cambio, en amplias zonas de Iberoamérica (Cono Sur, Centroamérica y parte de Colombia) se aumenta con la forma *vos* el número de los pronombres de segunda persona singular que connotan cercanía. Recuerdo que mis padres nos regañaban con *usted* pero en otros contextos se dirigían a nosotros con *tú* -un poquito formal- o *vos*, que transmitía mas afecto. Este voseo de familiaridad no se emplea en España pero tanto allá como en América se mantiene el *vos* de connotación solemne. Hasta hace unas cuatro o cinco décadas aquí en Colombia el *vos era* el tratamiento indicado en discursos de grandes ocasiones; por ejemplo, *Vos, señor, os habéis dedicado a servir a la patria*, etc, etc.

En el panorama del español de América el habla colombiana sobresale por su gran variedad, especialmente fonética, producto de nuestras condiciones geográficas. En las dos zonas costeras se debilita la /s/ implosiva y se intercambian las apicales /l/ y /r/, pero el litoral caribe tutea mientras el pacífico vosea. En la costa norte, además, velarizan la /n/ al final de la palabra y dicen *ven, ten, avión, etc.*, con /n/ velar; en cambio en el Valle y en el Cauca la /n/ en esta posición se realiza como /m/ y se dice *Popayam, pam*, etc. Los hablantes que no debilitamos (o sea aspiramos) la /s/ implosiva la pronunciamos predorsal que es la pronunciación mayoritaria, o apical como se la articula en Antioquia y otras áreas occidentales. Quienes no hemos confundido *elle* y *ye*, y diferenciamos *pollo* de *poyo*, *olla* de *hoya*, etc., estamos muy orgullosos de mantener ese fonema

patrimonial de la lengua, así seamos hoy minoría en el mundo del habla española.

No podemos hablar de la variedad del español colombiano sin rendir homenaje a la obra que la recoge: el monumental *Atlas Lingüístico-Etnográfico de Colombia* (ALEC) publicado por el Instituto Caro y Cuervo bajo la dirección del finado Luis Flórez, gran impulsor, junto con José J. Montes, de la investigación de nuestro lenguaje. El ALEC fue concebido inicialmente en los años 40 por José Manuel Rivas Sacconi y el equipo científico del Instituto y se publicó, tras décadas de trabajo por toda la geografía del país, entre 1981 y 1983. Sus mapas nos despliegan toda la riqueza léxica del español colombiano, en el ámbito de la cultura popular, complementada por información etnográfica. Abriendo un mapa al azar, el de la Hoja de Mazorca (tomo I), vemos la distribución geográfica de las 12 designaciones: *hoja, capacho, coca, amero, cascarón, tusa, capote, panaa, gancho, acua, calceta y oba*.

En el exterior el español colombiano goza de renombre en cuanto lenguaje culto; se dice que es el mejor o el más puro de Hispanoamérica. Es claro que este tipo de opiniones no tienen respaldo científico ya que para la lingüística no hay lenguas mejores o más puras que otras. Probablemente esta reputación proviene de rasgos conservadores del habla del interior, en especial la bogotana, como el mantenimiento fonético de la *elle* y de la *ese* implosiva y la supervivencia de arcaísmos como la forma de tratamiento *su merced*. En todo caso, el distinguido hispanista estadounidense John Lipski se expresa como sigue en su excelente manual sobre el español de América (obra publicada en 1994):

"El habla culta de Bogotá y de otras ciudades de las tierras altas goza de la reputación popular de ser 'el más puro' español de Latinoamérica, prestigio realzado por la existencia del Instituto Caro y Cuervo".

También es cierto que nuestro lenguaje se mantiene más o menos en los cauces fonéticos y gramaticales de la lengua española y no se registran por aquí, en el habla general, desviaciones como la actual pronunciación ensordecida del fonema /y/ en Argentina (*llover, lleno, o yo* con /y/ sorda) o el voseo chileno que altera el esquema de las conjugaciones (*¿Tenís 100 pesos que me prestís?*). Esto sin desconocer que en algunas áreas dialectales periféricas de Colombia como la Costa Pacífica también se han identificado drásticas alteraciones de la norma general.

En el ámbito del español general - es decir, internacional- la estructura gramatical se conserva relativamente uniforme en el nivel culto, lo cual mantiene, a ambos lados del océano, la unidad básica de la lengua. En el nivel popular se registran en los diferentes países algunas desviaciones gramaticales de la norma culta pero estas se mantienen en sus límites geográficos y sociolingüísticos. En el terreno de la fonética se presentan variaciones de pronunciación tanto entre los países como internamente, según hemos visto; pero estas diferencias, bastante circunscritas, no afectan casi la unidad del sistema fonológico español. La entonación es, sin duda, el aspecto fonético que nos indica inmediatamente la procedencia de un hablante.

Es en el léxico donde hay espacio suficiente para que se manifiesten la individualidad y originalidad de los países y las regiones del ámbito hispánico. El

concepto de 'americanismo' se refiere a las expresiones que son de uso en estos países pero que normalmente no forman parte del lenguaje peninsular. Puede tratarse de expresiones provenientes de los substratos indígena o africano -como *china* 'muchacha' o *maranguango* 'bebedizo'- o de términos de origen desconocido o dudoso -como *filimisco* 'amanerado' y *gurbia* 'hambre'- o de vocablos castizos que han adquirido en el Nuevo Mundo un sentido diferente o adicional -como cuando en Colombia le preguntamos a alguien si *le provoca un tinto o un perico*.

El manual del mencionado profesor Lipski trae una lista de colombianismos de la cual forman parte *amarrado* 'tacaño', *argolla* 'sortija', *biche* 'no maduro', *cachaco* 'persona del interior', *cachifo*, -a 'muchacho, -a', *chanfa*, *chanfaina* 'empleo', *cuelga* 'regalo de cumpleaños', *fucú* 'mala muerte', *guandoca* 'cárcel', *joto* 'paquete', *locho* y *mono* 'rubio', *mamado* 'cansado', *pipa* 'barriga', *pite* 'porción pequeña', y *verraquera* que traduce como 'something excellent, extraordinary'.

Las mayores compilaciones en este terreno son el *Lexicón de colombianismos* del fallecido intelectual costeño Mario Alario di Filippo (2 tomos, 1964) y el *Nuevo diccionario de colombianismos* dirigido por los profesores de la Universidad de Augsburgo Günther Haensch y Reinhold Werner, con la colaboración del Instituto Caro y Cuervo (1993). En la Academia Colombiana trabajamos en la actualización del *Breve diccionario de colombianismos* publicado por esta entidad en 1975, en cuya elaboración participaron eminentes personalidades ya fallecidas como José Antonio León Rey, Luis Flórez, Mario Alario de Filippo y Sergio Elías Ortiz.

Además de estas obras generales de colombianismos, se han publicado diversas compilaciones de léxico regional por parte de personas que no eran o no son lingüistas sino más bien amantes de las cosas del lenguaje. Por vía de ejemplo mencionemos el *Lexicón del Valle de Upar* (1994) de la lamentada Consuelo Araujonoguera, en el cual encontramos voces que el oído del interior –o por lo menos el de este expositor- jamás ha escuchado, como *jurujuneo* 'registro minucioso', *joyanco* 'hoyo muy grande', *cholado* 'golosina helada', *cancanar* 'leer con dificultad', *canchiri* 'mal olor', *mazcuenco* 'chueco', *pigua* 'ayudante en el ordeño', *turumuto* 'hinchazón', etc, etc.

Dirigiendo ahora nuestra atención al lenguaje de la capital colombiana, comencemos por registrar algunas de las contribuciones que han seguido la ruta trazada por Cuervo en las *Apuntaciones*.

Don Urbano González de la Calle fue un eminente filólogo español que vino a Colombia como miembro del grupo de científicos europeos que el entonces presidente Eduardo Santos invitó a Colombia, en los años cuarenta, para fortalecer la Escuela Normal Superior. En 1963 el Instituto Caro y Cuervo, al cual pertenecía, publicó su *Contribución al estudio del bogotano Orientaciones metodológicas para la investigación del castellano en América*, sólida y erudita obra en la cual don Urbano retomó las observaciones de Cuervo para comentarlas y profundizarlas. En algunos casos su criterio no coincidía con el de don Rufino y al respecto anotó don Urbano la "acusada proclividad del maestro Cuervo a hallar causas fonéticas en fenómenos de orden estrictamente morfológico".

De gran interés en este libro de González de la Calle es su testimonio de

la impresión que causaba el habla bogotana de entonces en el oído de un filólogo peninsular. Lo impresionó, en primer lugar, la entonación, la cual describe como "una musicalidad, una variedad y riqueza tonal que no es tan frecuente ni tan acusada en el castellano de Castilla" y añade "una lengua más cantada que hablada", acompañada de abundante gesticulación, apta sobre todo para expresar la emotividad e intimidad. El hablante bogotano emplea un "tono bajo" que contrasta con "el más intenso, rudo y áspero que solemos emplear los españoles". Pero este tono apagado va acompañado de una "relajación articulatoria" que causa dificultades de comprensión al foráneo.

Otro rasgo bogotano que destaca don Urbano es el abundante empleo de formas diminutivas en expresiones temporales, como *hasta lueguito* o *ahorita*, tendencia que causa extrañeza a los españoles. Al respecto observa que se trata de "la intimidad afectiva a que puede conducirnos la expresión idiomática en una lengua más que *intelectiva*, profundamente *estética*".

Acerca de los arcaísmos dice el sabio español: "Vocablos y giros que creíamos muertos -y de hecho lo estaban en nuestro castellano peninsular- tienen en Bogotá una vida vigorosa que sorprende, que encanta, y que admira". Incluye en esta categoría nuestro familiar *!saludes!* y comenta: "Recordaba haber visto en el propio texto de la *Corónica de Espanna* del Rey Sabio ese bello vocablo que el castellano peninsular contemporáneo ha dejado caer y substituido a medias con *saludos*".

"El señor Floréz ofrece un completo cuadro de la pronunciación de una ciudad que goza del renombre de poseer una de las formas más correctas del español de América", escribió el

padre de la moderna fonética del español, Tomás Navarro Tomás, en el Prólogo de *La pronunciación del español en Bogotá* (Instituto Caro y Cuervo, 1951) de Luis Floréz. Me parece que esta obra representa un hito en los estudios lingüísticos en Nuestro país por una doble razón. En primer lugar es la primera mirada de conjunto, basada en un método científico, que se elaboró sobre la fonética del habla colombiana, ya que, a pesar de su título, el estudio se extiende a toda la nación. Por otra parte, este valioso libro del reconocido colega tolimense introdujo en Colombia la orientación descriptiva que imperaba entonces -a mediados del siglo pasado- en la lingüística norteamericana y que venía a superar aquí los criterios prescriptivistas y casticistas. Se trataba, para Floréz, de inventariar (debidamente clasificadas) todas las modalidades de la pronunciación bogotana y colombiana, fueran ellas "correctas" o "incorrectas", pero señalando el contexto social de los fenómenos. Al recorrer las páginas de la obra nos encontramos con una masa de vocablos que no son de recibo en los salones cultos pero que se usan, a nivel popular, en las diferentes regiones del país, como *güeler* y *gueleroso* en Bolívar, *magrina* y *lacrón* en Tolima, *jondiar*, *jaito* (ahíto) en Cundinamarca, *jedentina* y *ajurnao* en Chocó, *nadien* y *ñamaron* en la Costa Atlántica, etc.

En las conclusiones de esta obra, Floréz enumera los rasgos que considera "corrientes" en la fonética bogotana, como la articulación bilabial de /f/, la pronunciación muy suave de la jota, /s/ predorso-alveolar plana, /rr/ y /r/ final asibiladas, grupo /tr/ ápico-alveolar y *elle* lateral y dorso-palatal. Son estos dos últimos rasgos los que considera más característicos de la pronunciación bogotana.

Un nuevo impulso al estudio del habla bogotana lo proporcionaron varias obras producidas por los investigadores del Instituto Caro y Cuervo a finales del siglo pasado. Dos de estos trabajos son el aporte colombiano al 'Proyecto de estudio coordinado de la norma lingüística culta de las principales ciudades de Iberoamérica y de la Península Ibérica', iniciado en 1964. Son ellos *El habla de la ciudad de Bogotá. Materiales para su estudio* (1986) a cargo de Hilda Otálora de Fernández y Alonso González, que contiene cincuenta encuestas practicadas a tres grupos generacionales, y *Léxico del habla culta de Santafé de Bogotá* (1997), Edición dirigida por Hilda Otálora de Fernández, trabajo de orientación onomasológica que explora las designaciones de los bogotanos para conceptos relacionados con cuerpo humano, alimentación, vestuario, familia, salud, etc.

Otras publicaciones del Instituto tiene orientación sociolingüística. Así, *El español hablado en Bogotá. Relatos semilibres de informantes pertenecientes a tres estratos sociales* (1997), obra de equipo dirigida por José Joaquín Montes Giraldo, contiene un extenso corpus, cuidadosamente transcrito para mostrar los rasgos coloquiales de los niveles socioculturales bajo, medio y alto. Al mismo equipo se debe *El español hablado en Bogotá Análisis previo de su estratificación social* (1998), que muestra las relaciones entre los estratos sociales y variables lingüísticas de fonética, gramática y léxico. Entre los resultados en fonética, por ejemplo, están un avance acelerado del yeísmo, frecuente aspiración o elisión de /s/, predominio de /f/ bilabial en inmigrantes y retroceso de la pronunciación asibilada y sorda de /rr/ y /r/.

A temas especiales están dedicados los libros *Uso del gerundio en*

algunas muestras del habla bogotana (1992) de Hilda Otálora de Fernández y *Contribución al estudio del apodo en el habla bogotana* (1999) de Mariano Lozano Ramírez. La primera obra muestra que entre hablantes cultos es muy reducido el empleo de gerundios vitandos –de posteridad y especificativos-, y en todo caso es la juventud la que incurre en ellos. La segunda es un trabajo pionero en su tema y reparte el rico corpus de apodos bogotanos en los campos semánticos pertinentes como, por ejemplo, animales (*Burrita, Caresapo, Comadreja*). Rasgos físicos (*Barrigón, Calvete, Colesterol*), Partes del cuerpo (*Mandíbula, Patecumbia, Tripeyuca*), Personajes (*Batman, Drácula, Pedro Navajas*), Estatura, (*Mediometro, Avejita, Pirulin*), etc.

Cuando, a mediados de los años cuarenta, mi familia dejó la provincia boyacense para trasladarse a esta capital, Bogotá era todavía la ciudad patriarcal donde todo mundo se conocía y se encontraba en la carrera Séptima; los jóvenes de fuera estudiaban en los numerosos cafés del centro y se enamoraban de las meseras; tanto damas como caballeros no salían a la calle sin sombrero; se oían boleros y porros en las emisoras de radio; y la ciudad prácticamente terminaba al norte, en la residencial Avenida de Chile, hasta donde llegaba el tranvía.

En esa época, me parece, se escuchaba todavía un habla bogotana típica que hoy día –debido a factores como la constante migración de gentes de las provincias- es ya una rareza. Poco se oye ya el afectuoso vocativo *ala*, que salpicaba cada frase del hablar *cachaco*, y que Cuervo rastreó hasta el *Cantar del Mio Cid*. Pasaron al desván léxico los términos ponderativos de entonces: una película era *brutal* un almuerzo *regio*; una

muchacha podía ser *chirriadísima* pero algunos preferían que fuera *chusquísima*. Las ‘sardinas’ de hoy eran entonces *fosfas* y los ‘sardinos’ *cachifos*. Los jóvenes que pasaban por la carrera Séptima de sombrero y ataviados con un elegante *terno* eran llamados *glacso*s. Entre amigos se usaban las frases *mi rey* y *chinazo*.

No han desaparecido todavía del lenguaje ni de la sociedad bogotanos esos dos animales léxicos que son el *lobo* y el *lagarto*. En cuanto al primero, tenía entonces una fuerte carga semántica de discriminación social, pues era el calificativo con el que las clases cultas de los años cuarenta señalaban peyorativa y despreciativamente todo aquello que consideraban inferior o de mal gusto: *qué pisco tan lobo*, *qué camisa tan loba*. Es posible que sea este un colombianismo de una cierta antigüedad ya que su origen parece estar en el sentido americano de *lobo* como “hijo de negro e india, o al contrario; zambo” que registra el diccionario de la Real Academia Española.

En la voz *lagarto*, este respetable diccionario describe detalladamente el aspecto físico del “Reptil terrestre del orden de los saurios” pero no incluye la acepción colombiana que nos es familiar, con la cual designamos metafóricamente a esos personajes trepadores como el saurio, arribistas, entrometidos, ubicuos y oportunistas que pululan por ahí, conjugando incesantemente el verbo *lagartear*.

En esta línea de los préstamos del habla bogotana y colombiana a la zoología debemos agregar los imprevisibles *patos* y las preocupantes *culebras*.

Casi extinguido el sabor santafereño del lenguaje e inundada

Bogotá por compatriotas de distintas regiones del país —es notorio el aumento de la población afrocolombiana especialmente del Pacífico—, lo que circula aquí es una lengua abigarrada y en fuerte proceso de cambio. Mencionemos tres factores extralingüísticos que actúan hoy día sobre nuestro lenguaje y son fuente de transformaciones.

En primer lugar, esa laxitud frente a los valores tradicionales que se registra en nuestros días —algunos dramatizan este hecho y hablan de “crisis de valores”— ha ocasionado que se salten ciertas fronteras idiomáticas que antes se respetaban. Es el caso de los límites entre el lenguaje —o sea ‘registro’— vulgar y el coloquial, y entre el coloquial y el que podemos llamar ‘formal’. Las antiguas palabras ‘malsonantes’ de hace medio siglo y más, que ofendían el oído y la buenas costumbres, se han ido moviendo poco a poco hacia arriba, hacia el nivel simplemente coloquial y han dejado de ser privativas del sexo masculino. Así, ya no llevan tabú y se han banalizado expresiones como *joder*, *jediondo*, *hijueputa*, *verga*jo y algunas otras que en nuestra niñez estaban escondidas en el cajón de las “groserías”. La palabra *marica* se ha transfigurado para convertirse en vocativo favorito del saludo estudiantil.

También se ha desdibujado la diferencia entre el tipo de lenguaje reservado antes al uso coloquial e informal y el que es propio de niveles de uso más formales. A diferencia de épocas en las cuales se veía en el lenguaje de la prensa un paradigma, hoy día nos sorprendemos con frecuentes incursiones del registro coloquial no solo en titulares sino en prestigiosas columnas de opinión. Por ejemplo, expresiones como *tirarse algo* o no *jalarle a algo*, que antes eran

coloquialismos ausentes en la prosa de un columnista o un político de renombre, hoy día son casi normales en algunos de ellos. Y qué decir de las chabacanías con que adornan hoy día sus peroratas algunos congresistas, en un recinto donde otrora se escuchaba el verbo culto y fulgurante de grandes personalidades de la política colombiana.

En segundo lugar, tenemos la inmensa influencia de los medios de comunicación que, como decía McLuhan, son nada menos que “las extensiones de nuestros sentidos”. Prensa, radio y televisión no solamente influyen poderosamente en la conformación de la opinión pública y en el refuerzo de determinados valores sociales sino también, como es apenas natural, en nuestros hábitos lingüísticos. Y bien sabemos que el manejo del lenguaje por esos conductos –sobre todo en el caso de la radio y la televisión- no puede considerarse siempre como modelo. Desafortunadamente parece que un empleo supercoloquial, e inclusive soez, del castellano en ciertos programas es un factor que favorece el *rating*, y bien sabemos que este último es el monarca absoluto en las decisiones mediáticas. En el caso de las telenovelas de temas violentos y borrascosos, el propósito de captar con el máximo realismo el lenguaje juvenil de estratos sociales bajos hace que se difundan, reforzadas, ese tipo de expresiones.

El tercer factor tiene que ver con la creciente presencia del idioma inglés en la capital y en el país, sin duda comprensible por razones políticas, económicas y culturales pero que desencadena procesos lingüísticos y sociales entre nosotros que deben ser objeto de análisis y reflexión. En lo tocante a la lengua, son visibles interferencias del inglés en la gramática (por ejemplo, *aplican restricciones* en vez

de *se aplican*; el llamado genitivo sajón colgado en *arepa's* o *aguepanela's*; el orden de palabras invertido en *Jorge Barón Televisión* y similares); en el vocabulario (*software, lobby, ranking, cidí, lowfat, happy hour, pie*, etc); y en la pronunciación (la incorrecta *v* labiodental). La palabra *man* (plural *manes*) se ha afianzado totalmente en el nivel coloquial, de tal manera que mientras nosotros decíamos *ese tipo* o *ese pisco* los jóvenes (de cualquier estrato social) encuentran normal usar el híbrido *ese man*. Otras construcciones híbridas generan el difundido empleo de adjetivo *full* como si hubiera llegado de Castilla la Vieja; *Me compré unos tenis fules*, *La rumba estuvo ful*.

Mientras muchos de estos anglicismos desaparecerán a corto o mediano plazo, otros si echarán raíces en el español como ocurrió con los préstamos de otras lenguas de contacto en otros momentos de la historia. Pero es deber de las Academias y las instituciones de enseñanza ejercer vigilancia alrededor de esta cuestión y defender la integridad de nuestro idioma.

Desde el punto de vista social, la presencia imperial de la lengua de Washington en esta ciudad se percibe en una serie de hechos como la chocante proliferación de nombres y anuncios en inglés en almacenes y otras clases de establecimientos; el notorio aumento de institutos para la enseñanza de este idioma; el esnobismo que se ha desatado alrededor de los colegios que se anuncian como “bilingües”; el requisito de saber inglés para conseguir empleo en muchas áreas; la jerga bilingüe de diversos campos profesionales; los frecuentes anglicismos que se leen o escuchan en los medios de comunicación, etc. Se sabe de colegios respetables y tradicionales -que no se presentan como “bilingües”- en los

cuales, sin embargo, la clase de ciencias se dicta en inglés y están en esta lengua los textos correspondientes.

Pero si desde fuera la interferencia del inglés sobre nuestra lengua es una realidad que no se debe menospreciar, desde dentro de nuestro sistema lingüístico se están generando procesos cuyos efectos son negativos para el idioma. El mejor ejemplo de ellos es la *regalitis* que padece actualmente el lenguaje bogotano o sea el empleo abusivo e incorrecto del verbo *regalar*, convertido en un superverbo que reemplaza a los apropiados en expresiones de mal gusto como *¿Me regala su número de cédula?*, *Regálame el octavo, por fa*, *Regálame tu dirección*, etc. Cuando estas modas lingüísticas perduran causan desajustes en la estructura semántica del léxico pero desafortunadamente se propagan y afianzan debido al carácter eminentemente social del lenguaje: la secretaria que nos dice *¿Me regala su cédula, por fa?*, siente que al servirse del verbo que está de moda reafirma su pertenencia al cuerpo social, se identifica verbalmente con este.

Y Dios nos libre de que siga tomando fuerza la antipática frasecilla *por fa*, en la cual el abuso y el mal gusto ya no son semánticos sino fonéticos y que, de aplicarse la abreviatura a otros sintagmas, producirá una mutilación de la lengua de Cervantes.

Otro proceso notorio del habla capitalina contemporánea es la ampliación semántica de algunos términos pertenecientes al nivel neutro o culto que en el registro coloquial se emplean como ponderativos aplicables prácticamente a cualquier cosa. Se trata de los adjetivos *tenaz*, *pomposo*, *elegante* y *áspero*. En el sociolecto popular, por ejemplo, un *almuerzo*

pomposo no quiere decir 'ostentoso' sino simplemente abundante y bueno, y una *propina elegante* no está -como define el diccionario académico este adjetivo- "dotada de gracia, nobleza y sencillez" sino es la que agrada a quien la recibe.

Es sabido que la sociolingüística identifica dos tipos de variación lingüística sincrónica -además de la variación de carácter regional- que se suelen llamar 'diastrática' y 'diafásica'. La primera se deriva de las diferencias en cuanto a estrato sociocultural y la segunda a los distintos 'registros' o niveles estilísticos que manejamos los hablantes. Por tanto las características diastráticas se imponen al individuo en virtud de su ubicación en la escala social; se nace dentro de un determinado sociolecto y por lo general -aunque pueden darse excepciones- esto dura toda la vida. En cambio los registros estilísticos son opciones que el hablante escoge -en forma relativamente libre- para adecuar su lenguaje a una determinada situación o a un cierto estado de ánimo.

"A simple oído" nos damos cuenta de que en Bogotá coexisten por lo menos dos grandes sociolectos, que podríamos llamar 'estandar' y 'popular'. El primero se caracteriza lingüísticamente por seguir, en términos generales, el canon de la llamada 'norma culta' y socialmente por ser el propio de las capas sociales que están más favorecidas económica y culturalmente. A diferencia de esta modalidad, el sociolecto 'popular' se define porque les da cabida a rasgos lingüísticos que riñen con la norma culta y es el que emplean los estratos inferiores de la escala social.

La primera e inocultable característica de este sociolecto es su entonación, que tradicionalmente ha sido objeto de burla en los círculos burgueses

de la capital. La pronunciación de las palabras agrega unas veces sonidos como en *dentre y asíéntese*; otras veces los suprime como en *onde* por 'donde', *ta*, por 'esta', *bía* por 'había', *tasi* por 'taxi', etc.

En la morfología del nombre, el carácter más expresivo del lenguaje popular produce superabundancia de diminutivos (*la sopita, mil pesitos, hasta lueguito, cerquitica, chiquirritico*, etc.) y una gran productividad de sufijos como *-era* (*berriadera*) y *-menta* (*negramenta, ñeramenta*). Típica de esta modalidad es la feminización del calor: en los barrios del sur *hace mucha calor*. Se confunde el órgano con la función: *me duelen las vistas*.

En la morfología del verbo, los pobres diptongos desaparecen unas veces (*el agua no herve*) y otras se cueban enojosamente (*eso me dijieron, no me lo trajieron*). Para la segunda persona del singular, el habla popular emplea las formas de tratamiento *usted* y *su merced*, desconociendo prácticamente el tuteo; *su merced* es tanto tratamiento de respeto como de cercanía afectiva, pues se la usa tanto para los pobres como para la novia y los niños.

Ahora bien, para la ciencia lingüística es perfectamente normal que existan en el lenguaje de una metrópoli como Bogotá estas diferencias sociolectales. El contraste entre un tipo de habla estándar y otro subestándar ocurre probablemente en todas las grandes urbes del mundo. Pero la cuestión no se reduce a constatar estas desviaciones morfológicas correlacionadas con el estrato social bajo sino que el hecho trasciende el campo de la sociolingüística y tiene mayores implicaciones, ya que esos rasgos populares son objeto de una fuerte

valoración negativa en nuestro medio. Por otra parte, muchas personas de estrato popular pasan por determinados niveles de educación formal y, sin embargo, conservan toda su vida el *dentre* y *la calor* como si estos usos lingüísticos fueran sentidos como emblemas o símbolos de clase social ante los cuales nada pueden hacer las clases de español.

Un fenómeno relacionado con la variación diastrática es el de las modalidades lingüísticas que desarrollan en Bogotá ciertos grupos sociales como los jóvenes, los niños de la calle, los soldados, los delincuentes y los drogadictos. La razón de ser de estos subcódigos parece residir también en el propósito de expresar la pertenencia al grupo y la identificación con sus valores. Se trata, entonces, de rehuir el vocabulario corriente y emplear expresiones que solo sean comprendidas o usadas por los miembros del clan y por lo tanto sean sentidas como símbolos de este. Pero, por una parte, este lenguaje jergal se va transformando constantemente de manera que sus elementos son de corta duración; y, por otra, algunas de estas expresiones sobrepasan los límites del grupo e ingresan al habla general como coloquialismos. Así, se oyen en las calles bogotanas giros y palabras como *¡que mamera!*, *¡que chimba!*, *¡que nota!*, *¡que locha!*, *diez lucas*, *parcero*, *jaibo*, *la liga*, *ajisoso*, *una pinta*, *la hebra*, *un duro*, *un bacán*, *el parche*, *los pisos*, *el tomo*, *sisas*, *fulero*, etc, etc.

¿Y de la variación diafásica que? Pues que los hablantes manejamos un teclado lingüístico de varios niveles de estudio para poner el lenguaje a tono con el contexto de situación externa o interna correspondiente. Estos registros estilísticos se caracterizan por determinados rasgos tanto en el

vocabulario como en la sintaxis, la morfología e inclusive la pronunciación. El conjunto de los registros -que a mi modo de ver son cuatro- conforman un continuo como el espectro de los colores, en el cual una franja cromática se convierte gradualmente en otra.

Para ciertas ocasiones nos servimos de un registro 'formal' que se distingue por un léxico de nivel culto perteneciente al ámbito científico, técnico, literario, administrativo, judicial, etc. La sintaxis debe ser lo suficientemente flexible para poder expresar a cabalidad las operaciones del pensamiento. Son típicos de este nivel, por ejemplo, los pronombres *cuyo* y *el cual* con sus variantes.

Un registro que podríamos llamar 'neutro' cubre el vocabulario que solo tiene un valor denotativo- por ejemplo, *libro, árbol, muchacha, ciudad*-desprovisto de connotaciones estilísticas adicionales. Naturalmente aquí entra la inmensa mayoría del vocabulario.

El registro 'coloquial' es el que transmite la espontaneidad propia de la vida en familia, del ajetreo cotidiano, de la expansión con los amigos y demás situaciones 'descomplicadas'. Sin importar el rango social, abreviamos la preposición *para* en *pa* y usamos palabras y expresiones como *¿qui hubo?, me tiré el informe, ni por el chiras, ¡qué pendejada!, ¡qué vaina!, nos la quieren montar, salió como un tiro, de mañana, por la nochecita, ¡que cacharro!*, etc. La gramática coloquial permite frases como *Tengo un amigo que le gustan mucho los idiomas* o *No hubieron más solicitudes*, que pecan contra la gramática académica.

Y por último tenemos el registro propiamente 'vulgar' cuyos elementos - como indicábamos antes- se han ido despojando de su fuerte connotación de

ordinariedad y están infiltrando la franja coloquial. Como decían los Antiguos o *tempora, o mores* ¡oh tiempos!, ¡oh costumbres!.

Cuadernos del CES
Títulos publicados

No. 1. Jimeno, Myriam. **Elementos para un debate sobre la Compresión de la Violencia**, mayo 2003.

No.2. Fals B, Orlando. **Posibilidad y necesidad de un Socialismo Autóctono En Colombia**, *septiembre* 2003.

No. 3. Neira F, Carmen. **La Ciudad En La Poesía Colombiana Actual**, noviembre 2003.

No. 4. Patiño Rosselli, Carlos. **Aspectos del Lenguaje en Colombia**, febrero de 2004.

Publicaciones

Libros

- Aguirre Dávila, Eduardo y Durán Strauch, Ernesto. **Socialización: prácticas de crianza y cuidado de la salud.** Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, CES. Primera Edición: Bogotá, 2000.
- Amaya, José Antonio y Restrepo Forero, Olga (Eds.). **Ciencia y representación.** Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, CES, Programa Universitario de Investigación en Ciencia, Tecnología y Cultura. Primera Edición: Santafé de Bogotá, 1999.
- Arango, Luz Gabriela (Comp.). **La crisis socio-política colombiana: un análisis no coyuntural de la coyuntura.** Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, CES, Observatorio Socio-Político y Cultural, Fundación Social. Primera Edición: Santafé de Bogotá, 1997.
- Arango, Luz Gabriela y López, Carmen Marina (Comp.). **Globalización, apertura económica y relaciones industriales en América Latina.** Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, CES. Primera Edición: Santafé de Bogotá, 1999.
- Arango, Luz Gabriela; Puyana, Yolanda y otros. **Mujeres, hombres y cambio social.** Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, CES. Primera Edición: Santafé de Bogotá, 1998.
- Archila, Mauricio y Pardo, Mauricio (Eds.). **Movimientos sociales, Estado y democracia en Colombia.** Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, CES, ICANH. Primera Edición: Bogotá, 2001.
- Ardila, Gerardo (Compilador), **Territorios y sociedad. El caso de plan de Ordenamiento Territorial de la Ciudad de Bogotá,** Bogotá, Unibiblios, 2003.
- Arocha, Jaime. **Mi gente en Bogotá, Estudio socioeconómico y cultural de los afrodescendientes que residen en Bogotá.** Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, CES; Alcaldía Mayor de Bogotá, Secretaría de Gobierno Distrital. Bogotá, 2002.
- Arocha, Jaime. **Ombligados de Ananse.** Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, CES. Primera Edición: Santafé de Bogotá, 1999.
- Arocha, Jaime; Cubides, Fernando y Jimeno, Myriam (Comp.). **Las violencias: inclusión creciente.** Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, CES. Primera Edición: Santafé de Bogotá, 1998.

- Cubides, Fernando; Olaya, Ana C. y Ortiz, Carlos M. **La violencia y el municipio colombiano 1980-1997**. Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, CES. Primera Edición: Santafé de Bogotá, 1998.
- Duran Straush, Ernesto, **Niñez Estado del arte, Niñez Bogotana: Situación y Políticas 1990 - 2000 Colección estados del Arte**. Bogotá, Panamericana, 2003.
- Domínguez, Camilo (Ed.) **El hombre y su medio**. Universidad Nacional de Colombia, Gobernación del Amazonas. Primera Edición: Leticia, 1999.
- Figueroa Muñoz, Mario y Sanmiguel, Pío Eduardo (Eds.). **¿Mestizo yo?** Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, CES. Primera Edición: Bogotá, 2000.
- Gros, Christian. **Políticas de la etnicidad: Identidad, estado y modernidad**. Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, CES, ICANH. Primera Edición: Bogotá, 2000.
- Jimeno, Myriam, **"Fragmentación social y violencia en Colombia"**. En Parry Scott- George Zarur (org.) **Identidade, fragmentacao e diversidade na América Latina**. Recife. Ed. Universitária da UFPE, 2003.
- Laguado, Arturo Claudio, **"La política social desde la constitución de 1991. ¿una década perdida?** Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, CES, CID y Observatorio de Política Social y Calidad de Vida. Bogotá 2004.
- Martín Barbero, Jesús (Et. Al). **Industrias Culturales**. Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, CES. Serie Cuadernos de Trabajo No. 22. Bogotá, 2000.
- Martín Barbero, Jesús; López de la Roche, Fabio y Robledo, Ángela (Eds.). **Cultura y región**. Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, CES, Ministerio de Cultura. Primera Edición: Bogotá, 2000.
- Martín Barbero, Jesús y López de la Roche, Fabio (Eds.). **Cultura, medios y sociedad**. Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, CES. Primera Edición: Santafé de Bogotá, 1998.
- Martín Barbero, Jesús; López de la Roche, Fabio y Jaramillo, Jaime Eduardo (Eds.). **Cultura y globalización**. Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, CES. Primera Edición: Santafé de Bogotá, 1999.
- Meertens, Donny. **Ensayos sobre tierra, violencia y género**. Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, CES. Primera Edición: Bogotá, 2000.
- Obregón, Diana (Ed.). **Culturas científicas y saberes locales**. Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, CES, Programa Universitario de Investigación en Ciencia y Tecnología. Primera Edición: Bogotá, 2000.

- Puyana, Yolanda (Compiladora), **Padres y Madres en Cinco Ciudades Colombianas: Cambios y Permanencias**, Bogotá, Almudena, 2003.
- Restrepo, Gabriel; Jaramillo, Jaime Eduardo y Arango, Luz Gabriela (Eds.). **Cultura, política y modernidad**. Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, CES. Primera Edición: Santafé de Bogotá, 1998.
- Robledo, Ángela Inés y Puyana, Yolanda (Comp.). **Ética: masculinidades y feminidades**. Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, CES. Primera Edición: Bogotá, 2000.
- Sáenz Rovner, Eduardo, **Reseña del libro de Mary Roldán A sangre y fuego. La Violencia en Antioquia, 1946-1953**, Bogotá, 2003, en *Historia Crítica* (2003) 26, pp. 154-156, 2003.
- Sáenz, Eduardo. **Colombia años 50 Industriales, política y diplomacia**. Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, CES Primera Edición: Bogotá, 2002.
- Viveros, Mara. **De quebradores y cumplidores**. Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, CES; Fundación Ford; Profamilia Colombia. Primera Edición: Bogotá, 2002.
- Viveros, Mara; Olavarria, José y Fuller, Norma. **Hombres e identidades de género**. Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, CES. Primera Edición: Bogotá, 2001.
- Viveros, Mara y Garay, Gloria (Comp.). **Cuerpos, diferencias y desigualdades**. Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, CES. Primera Edición: Santafé de Bogotá, 1999.